



TOLKIEN

El pasado 19 de septiembre el Santo Padre Benedicto XVI beatificó en Birmingham, Reino Unido, al cardenal John Henry Newman (1801-1890). Hombre de fe profunda e intelectual brillante, el cardenal Newman marcó impercederamente las sendas del catolicismo inglés en los siglos XIX y XX. Con este texto dedicado a John Ronald Tolkien –miembro destacado de un excepcional grupo de escritores católicos ingleses quienes, una generación después, aún se sentían hijos espirituales del cardenal Newman- *Espacio Laical* rinde tributo a quien ya disfruta del honor de los Altares.

Historias semejantes, no nacen de la observación de las hojas de los árboles, ni de la Botánica o la ciencia del suelo. Crecen como semillas en la oscuridad, alimentándose del humus de la mente, todo lo que se ha visto o pensado o leído y que fue olvidado hace tiempo... La materia de mi *humus* es principal y evidentemente materia lingüística.

J.R.R. Tolkien.

Por VÍCTOR FOWLER

Más tarde encontré libros que me emocionaron, pero creo que nunca más voy a repetir una hazaña (no sé de qué otro modo llamarlo) como aquella: tomar en la noche un libro regalado el viernes en la tarde, comenzar a leer y no parar hasta acabar con su tercer tomo el domingo al atardecer. Hace años, en un largo viaje hacia la ciudad de Trinidad, devoré las páginas de *La montaña mágica* de Thomas *Espacio Laical* 4/2010

Mann, y también la trilogía de *Hiperión*, de Dan Simmons, me capturó y condujo a un esfuerzo enorme de lectura. Retrocediendo en el tiempo están *Los miserables*, de Víctor Hugo, y el ciclo de novelas sobre el Don, de Mijail Sholójov. Leer de esa manera salvaje es un milagro que, en mí, sólo estimuló *El señor de los anillos*, novela de John Ronald Reuel Tolkien, autor inglés nacido en Bloemfontein, Sudáfrica, el 2 de ene-

ro de 1892 y fallecido en Bournemouth, Inglaterra, e 12 de septiembre de 1973.

Tolkien es uno de los muy escasos autores que consigue introducir en la literatura universal un mundo que no sólo es inédito antes de él, sino que además genera y convoca tal culto entre sus lectores que dicho mundo termina por convertirse en un tópico de cultura popular. En este sentido, a una muy rápida primera vista, tal vez sea el de Gabriel

García Márquez el único nombre que se nos ocurra a la hora de establecer comparaciones. Graduado de estudios en lengua y literatura inglesa, Tolkien tenía el aval de haber sido uno de los más profundos conocedores del idioma y las literaturas inglesas primitivas (su primer empleo fue como Lexicógrafo Asistente del equipo que redactó el *Oxford English Dictionary*), cosa que demostró en 1925 con la publicación, junto con E. V. Gordon, de *Sir Gawain y el caballero verde*, así como en la conferencia de 1936 *Beowulf: los monstruos y los críticos*. Vale la pena anotar aquí que años antes Tolkien, junto con otros tres amigos, había fundado la Tea Club Barrovian Society (grupo de jóvenes estudiantes de la King Edward's School de Birmingham que se reunía para tomar el té y conversar sobre temas de cultura) y que se conserva una carta de 1916 donde Geoffrey Bache Smith (miembro del grupo que pronto moriría por causa de una bomba) le pide a Tolkien que no olvide realizar un sueño discutido en la tertulia: crear una obra inspirada en el Finnish Kalevala, texto clásico de la mitología inglesa. En la universidad se había especializado en la filología del griego y en 1915 se graduó con nórdico antiguo como materia especial. Fue en 1936 que terminó el primero de los libros que años más tarde le concederían la fama, *El hobbit*, historia que continuó al siguiente año en una proyectada segunda parte que terminaría siendo la trilogía que hoy conocemos como *El señor de los anillos*. Aunque esta última quedara terminada en 1954, no fue sino hasta mediados de la década de los 60, en medio de las oleadas de los movimientos contra-culturales que sacudieron a Estados Unidos y se extendieron por entre la juventud de numerosos países, que *El señor de los anillos* se transformó en un libro de culto. A tal punto llegó el dominio del autor en ambas materias que, para sus libros, consiguió crear una lengua a la que da el nombre de *élfico* y cuyas raíces son derivadas de las antiguas lenguas anglosajonas. Las novelas de Tolkien contienen abundantes muestras de *élfico*, lo mismo en líneas de diálogo que en largos poemas completamente escritos en dicha lengua inventada.

Cuentan que uno de los iniciadores del culto fue Syd Barrett, joven integrante del grupo de rock *Pink Floyd*, al identificar a Tolkien como su autor favorito en una entrevista de mediados de los 60. Por esa misma fecha, en la Universidad de Columbia se fundó la primera sociedad de estudios sobre la obra de Tolkien y hoy día existen grupos similares en más de 20 países. Otra prueba de la popularidad del ciclo novelesco de Tolkien es la numerosa cantidad de sitios web que se le dedican en Internet, algunos de los cuales son verdaderas enciclopedias del mundo imaginario creado por el escritor, con mapas de los espacios en los que tiene lugar la saga y minuciosas descripciones de los personajes, sus costumbres y de la lengua élfica. Una contribución más de la tecnología han sido los diversos videojuegos relacionados con la historia. Finalmente, la adaptación cinematográfica del ciclo, a manos del realizador Peter Jackson, también dio un poderoso impulso a la lectura del libro que hoy se calcula que ha vendido más de 150 millones de ejemplares en todo el mundo (una tercera parte después de ser exhibida la película). Curiosamente, tanta fue la popularidad, que en 1968 Tolkien y su esposa tuvieron que mudarse a Bournemouth y usar un alias para proteger la privacidad. Después de morir Tolkien, su hijo Christopher continuó editando varios de los libros que habían quedado inéditos.

Para 1930, el profesor en Literatura y Lenguas Inglesas, Ronald Tolkien, de la Universidad de Oxford, se dedica a dar sus clases, a su familia y a convivir de vez en cuando con unos cuantos amigos profesores que comentan cuestiones poéticas y literarias. Mientras, por las noches, el profesor de 38 años les contaba cuentos a sus pequeños hijos: John, Michael y Christopher. Una de las narraciones favoritas de los niños comenzaba así: «En un agujero en el suelo vivía un Hobbit.»

De esta manera nacía uno de los más extraños y maravillosos personajes de la literatura universal: Bilbo Bolsón, el Hobbit. Para el profesor, preocupado más en la poesía que en la narrativa, los días transcurrirán con sus

recorridos de su casa a la universidad en bicicleta, una vida llena de exámenes e investigaciones, y de vez en cuando hacía algunas anotaciones para no olvidarse de sus relatos, que tomaba como un juego, como un ejercicio de la pluma. Sin embargo, en 1936, cuando tenía 44 años de edad, le mostró a una de sus aventajadas alumnas, Elaine Griffiths, la narración inconclusa y semiabandonada de *El Hobbit*; ella a su vez lo comentó con Susan Dagnall, quien consiguió en préstamo el original para enseñarlo a la Editorial Allen & Unwin. Allí un niño de 9 años, Reyner Unwin (hijo del presidente de la firma), fue quien dio el visto bueno y determinó su publicación, con el consiguiente éxito del libro.

Estimado señor Straight:

Gracias por su carta. Espero que haya disfrutado con El Señor de los Anillos. Disfrutado es la palabra clave. Porque fue escrito para entretener (en el más alto sentido): para ser leído. No hay en la obra ninguna «alegoría» moral, política o contemporánea, en absoluto.

Es un «cuento de hadas», pero un cuento de hadas escrito para adultos, de acuerdo con la creencia, que exprese una vez extensamente en el ensayo «Sobre los cuentos de hadas», de que constituyen el público adecuado. Porque creo que el cuento de hadas tiene su propio modo de reflejar la «verdad», diferente de la alegoría, la sátira o el «realismo», y es, en algún sentido, más poderoso. Pero ante todo, debe lograrse como cuento, entusiasmar, complacer y aun a veces conmover, y dentro de su propio mundo imaginario, debe acordársele credibilidad (literaria). Lograrlo fue mi objetivo primordial.

De una carta a la Michael Straight (borradores) - Principios de 1956

Vale la pena destacar algunos detalles de esa carta escrita por Tolkien: el hecho de que la palabra clave para acceder al texto sea “disfrutar”, así como el que «no hay en la obra ninguna «alegoría» moral, política o contemporánea, en absoluto». En el párrafo que continúa señala Tolkien que «...el cuento de hadas tiene su propio modo de reflejar la «verdad», diferente de la alegoría, la

sátira o el «realismo», y es, en algún sentido, más poderoso». Los fragmentos remiten a una célebre conferencia pronunciada por Tolkien en 1939 y en la cual defendió el “cuento de hadas” frente a los críticos que acusaban de “evasionista” a la modalidad; en aquella ocasión, y con agudeza, señaló: «Los críticos han elegido una palabra inapropiada cuando utilizan el término evasión en la forma en que lo hacen; y lo que es peor, están confundiendo, y no siempre con buena voluntad, la evasión del prisionero con la huida del desertor».

Aquella conferencia es esencial para entender la complejidad y las derivaciones tanto de la mente de Tolkien como del mundo al que dio vida como narrador; préstese atención al siguiente fragmento, acaso su más grande aporte teórico al género:

«...el valor «consolador» de los cuentos de hadas ofrece otra faceta, además de la satisfacción imaginativa de viejos anhelos. Mucho más importante es el «Consuelo del Final Feliz». Casi me atrevería a asegurar que así debe terminar todo cuento de hadas que se precie. Sí aseguraría, cuando menos, que la Tragedia es la auténtica forma del Teatro, su misión más elevada; pero lo opuesto es también cierto del cuento de hadas. Ya que no tenemos un término que denote esta oposición, la denominaré Eucatástrofe. La eucatástrofe es la verdadera manifestación del cuento de hadas y su más elevada misión. Ahora bien, el consuelo de estos cuentos, la alegría de un final feliz o, más acertadamente, de la buena catástrofe, el repentino y gozoso «giro» (pues ninguno de ellos tiene auténtico final), toda esta dicha, que es una de las cosas que los cuentos pueden conseguir extraordinariamente bien, no se fundamenta ni en la evasión ni en la huida. En el mundo de los cuentos de hadas (o de la fantasía) hay una gracia súbita y milagrosa con la que ya nunca se puede volver a contar. No niegan la existencia de la discatástrofe, de la tristeza y el fracaso, pues la posibilidad de ambos se hace necesaria para el gozo de la liberación; rechazan (tras numerosas pruebas, si así lo deseáis) la completa derrota fi-

nal, y es por tanto *evangelium*, ya que proporciona una fugaz visión del Gozo, Gozo que los límites de este mundo no encierran y que es penetrante como el sufrimiento mismo».

En la teoría de Tolkien, la “catástrofe buena” (plasmada en sus obras bajo la imagen de una travesía por el sufrimiento que culmina en gozo) sólo existe por la aparición de esa “gracia súbita y milagrosa con la que ya nunca se puede volver a contar”.

Donde el drama antiguo colocaba el procedimiento del “*deus ex machina*”, con el cual los dioses restauraban el orden de un paisaje en ruinas en el que los sobrevivientes deberán cargar el peso de la violencia y el dolor, la eucatástrofe tolkieneana devuelve el mundo a un estado de éxtasis naturalizado que, en la práctica, incluso, conduce a un lento y continuado olvido de lo que amenaza. Tal nudo conceptual explica el momento más enigmático de la novela: el “fracaso” de Frodo, quien en el Monte del Destino, y luego de vencer innumerables pruebas, es incapaz de desprenderse del anillo de poder de Sauron al final del tercer y último libro; además de ello, igual nos revela las raíces de la imposibilidad de Tolkien para darle continuación al ciclo de *El Señor de los Anillos*, como durante años reclamaron los lectores, pues el futuro lejano de los hobbits no es la eterna vida feliz, sino ese ir olvidando que terminaría por degradarlos.

Los siguientes fragmentos, extraídos de una de las cartas a Christopher escrita entre 1944 y 1945, nos llevan al centro del problema: «Porque estamos intentando conquistar a Sauron con el Anillo. Y (según parece) lo lograremos. Pero el precio es, como lo sabrás, criar nuevos Saurons y lentamente ir convirtiendo a Hombres y Elfos en Orcos».

«No se puede luchar con el Enemigo con su propio Anillo, sin convertirse uno a su vez en Enemigo; pero desdichadamente la sabiduría de Gandalf parece haber desaparecido con él hace mucho en el Verdadero Oeste».

El enigma de Frodo tiene, a su vez, una larga aclaración en la respuesta que enviara Tolkien a Eileen Elgar, una lec-

tora que le había escrito sobre el tema. Las fascinantes elucubraciones de Tolkien conducen por caminos ni siquiera incluidos en la novela, como imaginar qué habría sucedido en caso de no haber caído Gollum al abismo, quedar Frodo finalmente en posesión del anillo o haber pasado éste a manos de Gandalf (junto con Elrond y Galadriel los únicos personajes de la novela capaces de luchar contra Sauron).

En cuanto a Gollum, la lucha interior entre el amor al anillo y el amor a Frodo, por cuya conducta descubre la piedad y la posibilidad de redención, habrían llevado a que Gollum, incapaz de solucionar la contradicción, se lanzase junto con el anillo al abismo. De haberlo conservado Frodo, la lucha hubiese sucedido entre el poder del anillo y la Misión (salvar la Tierra Media), pero aquí el único camino habría sido saltar al abismo también.

Pero es respecto a Gandalf que Tolkien elabora la penetración psicológica más fina; éste habría vencido a Sauron, “pero el Anillo y todas sus obras habrían quedado conservados”. De esta manera, «Gandalf como Señor del Anillo habría sido mucho peor que Sauron. Habría seguido siendo «justo», pero de una justicia centrada en sí mismo».

El Anillo es la posibilidad de un poder inhumano e innatural, que nadie está en condiciones de desafiar y cuyas manifestaciones prácticas, incluso la voluntad de bien, no pueden ser incluir su más dañino opuesto: el verdadero Mal absoluto que deriva de no respetar al Hombre en su diferencia o debilidad. Un Mal que sólo puede ser enfrentado por la Gracia. Por tales motivos, más que el intento de construir alegorías morales o políticas, la escritura de Tolkien nos entrega un verdadero sistema poético-filosófico del mundo.

